

CINCUENTENARIO

CALA DE ALCAUFAR

Por RAFAEL BARTOLOMÉ

*«El Sol tota la daura y ella, gentil riallera,
escolta al vent y al aigüa cantarli sos amors».*

RUIZ Y PABLO

Avanzaba el estío, y la Cala, estaba toda dorada por la luz de los rayos solares. «Sa Cova de S'umbrigo!», sucesivamente habitada por generaciones de aficionados a la caza y a la pesca, se hallaba aquella mañana, como de costumbre en días festivos, en plena animación. El masculino grupo que, incansablemente, era asiduo huésped del ennegrecido refugio, en tanto esperaba las últimas burbujas de la rica «caldera a lo pescador», entreteníase en cantar canciones populares al compás de una destemplada y vieja guitarra.

En eso, el dueño de aquellos parajes («Es senyor de Alcaufar»), seguido de un perrazo de caza, ejemplar francés que buenos duros le costara, y, según los entendidos, no valía para su

faena ni una perra chica, aparece por el arenal y se acerca a los cantadores que, con el debido respeto, suspenden el canto y devuelven el cordial saludo al severo propietario. Le invitan a un vaso de vino del país, que acepta gustoso, y a la par se sienta en un limpio saco colocado adrede en una de las salientes rocas mientras insiste en que siga la pintoresca y agradable algazara.

Ocho eran los hombres que aquel día, en torno de la rústica y maciza mesa, se ocupaban totalmente en agasajar al señor. En múltiples ocasiones, a través de los años, no pudieron conseguir de él tamaña fineza y muchísimo menos poder levantar un simple asilo para su pequeña embarcación que, en aquel momento seguía meciéndose lentamente sobre las casi inquietas aguas a pesar de haberles aceptado sus buenas piezas de pesca y caza en los días que la mayor abundancia permitía le obsequiaran.

Un niquelado reloj, que colgaba de la húmeda pared, señalaba las cinco. La inexplicable teoría del dueño de no permitir que se construyera «caseta» alguna en su propiedad, había sido comentada aquella tarde en su presencia, y así como en casos análogos se fingía temoso o distraído, este buen día, sea por las intencionadas alabanzas al galo cuadrúpedo, sea por la deliciosa «caldera», el pescado frito, los trozos de conejo en exquisita salsa, o bien por el buen vinillo, hicieron caer al ya amigo señor en la tendida red.

Aquella tosca mesa, rodeada de «diplomáticos» sirvió en aquel año de 1896 para colocar la primera piedra del tan ansiado edificio, en el espacioso solar, cuajado de manzanillas, romeros, madroños, tupidos arbustos y corpulentas encinas.

Se puso especial empeño, y en aquel mismo año se dió término a la construcción de la primera «caseta» del hoy pueblecito de Alcaufar, con un rótulo cuidadosamente grabado en la misma piedra, por aquellos entusiastas, como si esculpieran su blasón sobre escudo heráldico para perpetuar sus «hazañas», sigue en la actualidad ostentando la misma inscripción: DIANA-1896.

Ya que se había dado el primer paso para conseguir lo tan

apetecido; se fueron levantando nuevos edificios en perfecta alineación, presintiendo quizás el auge que aquella «marina» había de tomar a través de los lustros.

Transcurridos unos treinta años, contaba Alcaufar con doce o catorce «casetas»: en la playa unas, y esparcidas por sus alrededores, otras, conservando siempre la natural poesía de los lugares que no tienen historia.



«Diana 1896»

La carretera, o camino que guiaba a la cala, aunque algo torcida y con unas cuestas de pronunciada pendiente, no dejaba de ser apacible; unos pinos gigantes colocados geométricamente a ambos lados suavizaban los pasajes más ásperos mientras que en las llanuras esparcían sus aromas los romeros y manzanillas, confundidos entre lentiscos y enormes matas de esparto, diligentemente arregladas, que con sus hojas filiformes lograban dar a la naturaleza un soñador encanto. En los secretos barrances, centenarios olivos daban su fruto, donde nuestras mujeres ininterrumpidamente recogían sus cosechas de aceitunas, para luego

en la misma finca, ser convertido el untuoso jugo en apreciado aceite.

Aquél rincón de arenosa playa, aquella torre circular, símbolo de la antigüedad, que a lo alto de la entrada de la cala parece el fiel guardián de las palomitas torcaces que, en «Sa Cova d'es Culoms», situada a sus pies, esconden sus nidos y salen en pequeñas bandadas, rozando los vetustos muros con sus suaves alas; y en frente, aquel mar que desafían los pescadores... todo ello fué descubierto ya en aquellos tiempos por los artistas. Y la moda veraniega puso de boca en boca su nombre para que hogarño podamos contemplar el centenar de «casetas»: algunas con sus modernas y bellas construcciones, sus arcadas, terrazas y jardines, alternando con las de antaño, bajitas y cuadrangulares, en amigable y simpática armonía.

* * *

Ya en 1935, se construyó la carretera que en la actualidad nos conduce a la popular playa, y ahora, a los cincuenta años de la primera edificación, el Ayuntamiento de San Luis, preocupándose por el futuro de Alcaufar, y como si con ello quisiera conmemorar el cincuentenario, muy oportuna y acertadamente ha iniciado un plan de urbanización no dudando que se logrará un conjunto agradable y atractivo que revalorizará este ya importante caserío veraniego.

Recogemos a este respecto las manifestaciones hechas por nuestro Alcalde, Sr. Petrus Gomila, para «El Iris» de Ciudadela: —«El afán constructivo en la Cala de Alcaufar ha impuesto la necesidad de un proyecto de urbanización que, con un plano y reglamento correspondiente, evite en lo sucesivo la edificación caprichosa y sólo guiada por el interés y comodidad particular, en detrimento de otros intereses y comodidades ya establecidas;

y, además, dentro de un plazo más o menos breve, la edificación llegaría a ofrecer un aspecto exótico que es obligado evitar. Partiendo del principio de respetar lo ya edificado y las calles formadas, adecentando éstas, embelleciendo sus rincones, impulsando el arbolado y reglamentando la edificación a base de que imperen las características menorquinas».
